

“LAS MIL CARAS DEL CONFLICTO”

Bolivia atraviesa uno de los momentos de mayor tensión política y social de los últimos años. Más de un mes de bloqueos, carreteras interrumpidas, demandas que evolucionaron desde reclamos sectoriales hasta pedidos de renuncia presidencial y una creciente sensación de incertidumbre han puesto al descubierto algo más profundo que una crisis coyuntural. Para varios de los participantes de *Diálogos al Café “Marcos Escudero”*, el conflicto constituye la manifestación visible de tensiones históricas, fracturas sociales e interrogantes que el país ha postergado durante décadas.

A partir de las exposiciones de Pedro Portugal, Gabriela Canedo, Pablo Ríos y Martín Rapp, el debate intentó responder una pregunta de fondo: ¿qué está revelando esta crisis sobre la Bolivia de hoy y sobre la Bolivia que se está formando para los próximos años?

CUANDO LAS FRACTURAS VUELVEN A LA SUPERFICIE

Uno de los principales consensos fue que los acontecimientos recientes no pueden explicarse únicamente por decisiones gubernamentales concretas. Las controversias sobre combustibles, tierras o medidas económicas y las actitudes de las autoridades actuaron como detonantes, pero el malestar que hoy recorre amplios sectores de la sociedad tiene muchas raíces, algunas de corto alcance pero otras mucho más profundas.

Las intervenciones coincidieron en señalar que el conflicto ha reactivado fracturas históricas que Bolivia nunca terminó de resolver: la relación entre el Estado y los pueblos indígenas, las tensiones entre campo y ciudad, las diferencias regionales y la persistente dificultad para construir una identidad nacional compartida. En momentos de estabilidad estas tensiones suelen permanecer contenidas; en momentos de crisis reaparecen con fuerza y obligan a confrontar problemas que la normalidad cotidiana tiende a ocultar.

Desde esta perspectiva, la crisis aparece como un espejo incómodo. No solo refleja desacuerdos políticos, sino también sentimientos acumulados de exclusión, falta de reconocimiento y distanciamiento respecto de las estructuras de poder. Varios participantes coincidieron en que detrás de las demandas visibles existe una discusión más profunda sobre pertenencia, representación y participación efectiva en la construcción del país.

En ese contexto se destacó también el papel de los símbolos. La representación política no se construye únicamente mediante leyes o programas de gobierno; depende también de gestos, mensajes y formas de relacionamiento capaces de transmitir respeto, cercanía y reconocimiento. La percepción de que determinados sectores dejaron de sentirse escuchados apareció como una de las claves para comprender la profundidad del descontento actual.

EL BLOQUEO COMO LENGUAJE HACIA UN ESTADO QUE NO ESCUCHA

Una segunda línea de análisis se concentró en la evolución de la protesta social y en el papel que los bloqueos han adquirido dentro de la dinámica política boliviana.

Se recordó que las formas de presión han cambiado con el tiempo. Si antes predominaban acciones centradas en el sacrificio de quienes protestaban, las movilizaciones contemporáneas

buscan generar impactos inmediatos sobre terceros para acelerar respuestas estatales. En ese escenario, el bloqueo se ha consolidado como uno de los instrumentos más eficaces para llamar la atención de las autoridades.

Sin embargo, varios participantes insistieron en que el verdadero problema no es el bloqueo en sí mismo, sino lo que revela sobre el funcionamiento del Estado. Muchos conflictos atraviesan largos procesos de solicitudes, reuniones, compromisos incumplidos y negociaciones inconclusas antes de escalar hacia medidas de presión. Cuando las instituciones dejan de ser percibidas como canales eficaces para procesar demandas, la movilización termina convirtiéndose en el principal mecanismo de interlocución entre sociedad y Estado.

También se destacó el papel de las redes sociales en la configuración de la crisis. La velocidad con la que circulan narrativas, imágenes y emociones ha transformado la manera en que las personas interpretan los acontecimientos y construyen posiciones colectivas. Esto contribuye tanto a la movilización como a la profundización de resentimientos, a la polarización en los discursos y a percepciones de agravio que terminan debilitando aún más el tejido social.

La paradoja es evidente: los bloqueos buscan presionar al poder político, pero la mayor parte de sus costos son asumidos por la población civil. Aun así, continúan reproduciéndose porque siguen siendo percibidos como uno de los pocos mecanismos capaces de producir respuestas visibles en un contexto de desconfianza institucional.

LA DISPUTA POR EL FUTURO: ADMINISTRAR ESCASEZ EN UN PAÍS SIN ACUERDOS

La dimensión económica aportó una perspectiva adicional a la reflexión. Durante años, gran parte de la política boliviana estuvo organizada alrededor de la distribución de recursos generados por un ciclo excepcional de ingresos. Hoy, según se planteó, ese escenario ha comenzado a cambiar.

La pregunta ya no es cómo distribuir abundancia, sino cómo administrar escasez.

La disminución de recursos disponibles, el debilitamiento de los mecanismos de transferencia y la desaceleración económica están modificando profundamente la relación entre el Estado y numerosos sectores sociales. Allí donde antes existían expectativas de expansión y beneficios compartidos, comienzan a surgir disputas cada vez más intensas por recursos limitados alentadas por los hábitos rentistas.

Varios expositores señalaron que muchos de los acuerdos informales que contribuyeron a la gobernabilidad durante las últimas décadas se encuentran hoy erosionados. La capacidad estatal para responder a demandas se ha reducido, mientras las expectativas construidas durante años permanecen vigentes. Como resultado, emerge un escenario caracterizado por mayores tensiones, demandas más difíciles de satisfacer y una competencia creciente entre actores sociales, territoriales y sectoriales.

La conversación también abordó la lógica de reproducción del conflicto. Mientras los beneficios políticos de la movilización sigan siendo percibidos como superiores a sus costos, los incentivos para recurrir a bloqueos y otras formas de presión continuarán presentes. Esta

dinámica se vuelve aún más complicada en un contexto donde persisten economías informales, estructuras corporativas fuertes y una institucionalidad con dificultades para procesar conflictos.

CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo del conversatorio emergió una idea compartida: la crisis actual no es sólo una confrontación coyuntural ni puede reducirse a un desacuerdo entre gobierno y oposición. Lo que está en juego es la capacidad del país para construir acuerdos mínimos en una etapa histórica muy distinta a la que predominó durante las últimas dos décadas.

Las intervenciones coincidieron en que Bolivia enfrenta simultáneamente una crisis económica, una crisis de representación y una crisis de confianza institucional. También sugirieron que muchas de las tensiones actuales no son nuevas; simplemente se han vuelto más visibles al desaparecer las condiciones que durante años permitieron contenerlas.

Quizás la conclusión más inquietante del encuentro fue que el país podría estar apenas ingresando a una etapa más difícil. Durante años Bolivia debatió cómo distribuir riqueza. Ahora deberá aprender a gestionar restricciones, expectativas y conflictos en un contexto menos favorable. El desafío ya no consiste solamente en resolver la coyuntura presente, sino en reconstruir instituciones, generar confianza y construir un horizonte compartido capaz de sostener la convivencia democrática. La pregunta que sobrevoló toda la conversación fue tan simple como difícil de responder: si las fracturas han vuelto a aparecer, ¿será esta vez posible transformarlas en un proyecto común?

Panel: Pedro Portugal
Gabriela Canedo
Pablo Ríos
Martín Rapp

Modera: Roberto Laserna

Enlaces de Video: Facebook: <https://www.facebook.com/share/v/1DaC8cZh3x/>